

LA POESÍA DE NUESTRAS EMOCIONES

Margarita Salazar Mendoza

Cuando leemos, lo hacemos porque nos gusta el texto que tenemos ante los ojos. La decisión de que sea éste y no otro, tiene que ver con nuestra propia vida, con nuestros deseos y experiencia. Los libros nos conmueven, nos hacen recordar, no importa el género ni la disciplina. En esa lectura está puesto algo de nosotros mismos. Esto vale y con mucha mayor razón, para la literatura, y hablamos en este caso de novelas, cuentos, teatro, poesía... leer poesía es un acto de mayor intimidad, por ser la subjetividad, en una amplia gama de emociones, una de sus principales características. En este libro al que ahora me refiero, la voz poética nos habla de uno de los sentimientos más terribles y personales: el dolor, el sufrimiento, y nosotros nos identificamos con esa voz porque el pesar une a los seres humanos. Todos, más tarde o más temprano, pasamos por situaciones llenas de aflicción, cuando el dolor nos toma completos. La muerte de alguna de las personas más cercanas a nosotros, de aquellos que muchas veces no sabemos cuánto amamos hasta que los perdemos, interrumpe nuestra vida diaria y en ese momento intuimos que nada será igual, que algo ha cambiado.

La muerte siempre es una tormenta repentina que no da tiempo de resguardarse. Sentimos que esa corriente súbita arrastrará todo, hasta nuestra cordura; no encontramos asidero, algo que nos haga sentirnos en tierra firme. El lastre del dolor parece matarnos a nosotros también. Perder a quien amamos nos sume en un calvario emocional. Nos preguntamos qué ha padecido aquél a quien nuestro amor no fue suficiente para proteger. Sabemos que esos últimos días, los momentos finales, tuvo que luchar solo contra quién sabe qué dolores, *tejiendo el capullo que finalmente lo asfixia; sumergiéndose en la oscuridad que nada, ni el amor, ni la compañía, ni la compasión pueden ayudar a disolver. La muerte cuelga de su cuerpo, la muerte, rabiosa, lo acecha.* En esos tortuosos momentos *de nada sirven los lazos que nos atan a ellos, la muerte empuja el tiempo que nada ni nadie puede detener.* El ser que amamos está indefenso, como si *siguiera órdenes, como desahuciado, animal herido.* Una vez que vemos el cuerpo amado casi sin vida, como durmiendo sin soñar, dejado a su propia fuerza, a su propia posibilidad de reparación, no nos queda más que la esperanza; esperar que los ángeles o alguien superior venga a aliviarlo. Cuando *a los médicos ya no les queda nada por hacer,* entran nuestros rezos para ayudar, confiamos en la palabra de Dios, pero él a veces *no quiere hablar.* Sucede entonces que *su cuerpo y su mente no se entienden más.* Luego sigue el tormento, *lavar el cuerpo, preparar los lienzos. Se envejece durante la noche.* Una vez *en el templo,* con el alma en pedazos y el corazón doliente, se acerca la despedida definitiva. El dolor es tan profundo que el pánico se apodera de nosotros y deseamos seguir a quien nos deja. A esto le siguen *las noches,* una detrás de otra, acompañadas de oscuridad, llanto,

¹Jorge de la Parra del Valle, *Cuando los astros se alinean*, Escriba editores, México, 2008.



desesperanza, deseamos que esa persona que ya no está nos deje en paz, que nos permita dormir, porque el dolor de no tenerlo es más grande que nuestras fuerzas; *dormir* para no pensar, para no llorar, para no extrañarlo, para que no nos duela en la cabeza y en el pecho. Después los días, sin ganas de *disimular el dolor.* Que si *se les ve una sombra en los ojos,* que si *debimos estar cerca,* que si *un gesto hubiera bastado.* El miedo nos toma presos y vivimos como fantasmas. Pensamos en lo impensable, en lo que pudimos hacer y no hicimos, en lo que debimos decir y no dijimos... pero a estas alturas ya no hay remedio, sólo nos queda el suplicio, las punzadas en el estómago, la congoja y la desolación... *Extraviamos sus rasgos, olvidamos el timbre de su voz* y nos preguntamos por el *color exacto de su mirada.* Recurrimos entonces a las *fotografías* y regresamos a los rincones y a los pasillos a llorar, o a olvidar. Cuando *las sombras se vuelven apacibles, se desvanecen,* el dolor le da paso a la tristeza: *sobrevivimos a la devastación.* Aunque así parezca en ese instante eterno de dolor, no podemos vivir por siempre *amputados, débiles, bramando en la ausencia* que nos ha quedado. Intentamos *una vida nueva, distinta.* El río *vuelve a su cauce* y aquí estamos.

De todo esto nos habla Jorge de la Parra del Valle: de los seres amados, de la agonía, de la muerte, del dolor. Su poesía nos une con nuestros semejantes, con los hombres de todos los tiempos, a través del pesar y de la pena, del arrepentimiento de culpas cometidas, de nuestras queridas y cuidadas verdades, de nosotros mismos. *Cuando los astros se alinean* es su primer poemario.¹ Jorge se ha presentado en varias partes del país: en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes y en el Centro Cultural de España, en la ciudad de México; en el Museo de las Culturas del Norte en Casas Grandes, Chihuahua; en el teatro Octavio Trías del Centro Cultural Paso del Norte, en Ciudad Juárez; en el Teatro de la República, en Querétaro; y pronto estará en Egipto. Estamos ante una presentación inusitada. Hay un moderador, quien cede el turno a los presentadores, luego al autor: se modifica el escenario, se retira la mesa y entra un grupo musical (en Ciudad Juárez fue el cuarteto de cuerdas de la universidad), las luces se apagan y empieza el espectáculo. El autor sale a escena y dramatiza sus poemas. Si ustedes tienen oportunidad de asistir a una próxima presentación, no se la pierdan, es extraordinaria, inusual. ☒

Margarita Salazar Mendoza. Mexicana, escritora, con licenciatura en Literatura Hispanomexicana y maestría en Investigación y Cultura Literaria. Es profesora de literatura en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez y coordinadora de la Academia de Lectura y Redacción del Departamento de Humanidades. Ha publicado artículos diversos relacionados con lingüística, literatura y educación. Tiene en imprenta el libro *Antología de la narrativa juarensis.*